

HUMANISMO Y UNIVERSIDAD

por ENRIQUE SAEZ RAMDOHR

HISTORIA Y PROBLEMAS ESENCIALES DEL PENSAMIENTO HUMANISTA

El humanismo, en tanto posición del hombre ante sí y ante el mundo, tiene su origen en Roma, en los tiempos de la República. La contraposición esencial que se presenta en este período es la de *homo humanus* y de *homo barbarus*. El *homo humanus* u hombre humano es el ciudadano romano que tiene por misión ennoblecer la *virtus* (virtud) romana mediante la incorporación de la *paideia* recibida de los griegos. La *paideia* se ocupaba, en rigor, de la erudición e institución de las bellas artes y fue entendida por los romanos como *humanitas*¹. Además, es preciso aclarar que la *paideia* tal como la entendieron los griegos —entre ellos, Homero, Hesíodo, Aristófanes— dice relación con los ideales que posee una cultura y con el fenómeno de la educación. De esta manera, la *paideia* no era otra cosa que la transmisión cultural de ciertos ideales relativos a la virtud o excelencia (en griego, *areté*) mediante la educación.

¹Heidegger, Martin, *Carta sobre el humanismo*, pág. 170, Universidad de Chile, Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, s/indicación año de publicación.



El humanismo vuelve a re-crearse posteriormente durante el Renacimiento, entre los siglos XIV y XV, como reacción positiva frente al pensamiento filosófico medieval, el cual había dejado de centrar la atención en el hombre para dirigirla a Dios. La llamada Edad Media y, en consecuencia, parte importante de la cultura generada por ella, se desligó tanto de la *paideia* griega como de la *humanitas* romana. El Renacimiento, en especial, el italiano y el alemán, consisten en una vuelta a los orígenes con el fin de lograr, al decir de Burckhardt, el "descubrimiento del hombre como hombre"². Una de las características generales del humanismo italiano, que se desprende directamente de la *humanitas* romana, es el haber relacionado, de una parte, las tradiciones relativas a la gramática y a la retórica —que tenían su origen fundamentado en las enseñanzas de los maestros medievales— con la imperiosa necesidad de estudiar a los grandes autores latinos como asimismo a la lengua y literatura griegas³.

²Burckhardt, Jakob, *La Cultura del Renacimiento en Italia*.

³El filósofo Niethammer utilizó por primera vez la palabra "humanismo" en alemán, el año 1808. Al igual que para los humanistas italianos del Renacimiento, el autor concibe el humanismo como la tendencia destinada a dar importancia al estudio de las lenguas y de los autores clásicos.

La expresión "humanista" aparece en el lenguaje italiano en 1538. Por "humanista" se entendió a los maestros de "humanidades", los que se consagraban a los *studia humanitatis* y a enseñar tales conocimientos a los discípulos. Sin embargo, el ámbito de los *studia humanitatis* no eran de la privacía exclusiva de los humanistas, pues a ellos se dedicaban también los juristas, canonistas y artistas. La diferencia esencial entre ambos grupos de estudiosos no estriba tanto en los conocimientos adquiridos como en el sentido que ellos le otorgaban a tales conocimientos. Los humanistas se dedicaban a las llamadas *artes liberales*⁴, en las cuales la preocupación central era el hombre en tanto hombre, en cambio, los juristas, canonistas y artistas le otorgaban una dirección profesional a los *studia humanitatis*. La distinción aludida no carece de interés, incluso en la actualidad, por cuanto en el Renacimiento se explicitan con claridad dos formas de considerar los estudios superiores: de una parte, la concepción especializada de los estudios, que tenía como punto terminal el desarrollo de diversas profesiones y, de otra, una concepción integradora de los mismos, la cual se manifiesta en la enseñanza y en el quehacer humanísticos.

La dirección humanista que registra el Renacimiento encontrará sólidos puntos de apoyo en la filosofía moderna. Si bien en esta última no se alude directamente al término "humanismo", con la excepción de filósofo alemán Niethammer, las líneas teóricas de mayor relevancia se ocupan del hombre y del conocimiento humano. A manera de ejemplo puede señalarse lo siguiente: Bacon establece su conocido postulado epistemológico-político que dice "saber es poder"; Descartes señala como fundamento de la filosofía y de las ciencias el *cogito ergo sum*, principio antropológico y subjetivo que garantiza la verdad en cualquier ámbito del conocimiento y, por su parte, Hegel sostiene la tesis de que "todo lo que es real es racional y todo lo que es racional es real". Similar preocupación por el hombre en tanto tal se

encuentra en el "Siglo de las Luces", en la filosofía ilustrada, donde se explicita una clara dirección hacia los problemas epistemológicos, antropológicos y políticos, en desmedro de la metafísica. A esta singular época en el desarrollo de la Humanidad corresponde, asimismo, el poner en práctica los ideales fundamentales de los hombres, expresados entre otros en la *Declaración de Independencia* de los Estados Unidos de América y en la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, surgida en la época de la revolución francesa.

De modo similar, el pensamiento contemporáneo proporciona una variedad de concepciones humanistas, de diferentes raigambres filosóficas e ideológicas, todas las cuales apuntan en mayor o menor medida a la preservación del hombre frente a la amenaza que para él representan las sociedades altamente industrializadas, con su correspondiente carga tecnológica, como aquellas que detentan doctrinas y prácticas de suyo totalitarias.

Para el filósofo William James, fundador del pragmatismo, el humanismo constituye una ruptura con todo absolutismo teórico y práctico, que como consecuencia niegue la variedad y la espontaneidad de la experiencia. O, en otros términos, el absolutismo constituye la negación indesmentible del humanismo. No cabe duda en este punto que James tiene en mente el absolutismo metafísico y ético que se genera con el idealismo alemán, en las figuras de Fichte y Hegel, para desarrollarse ulteriormente, aunque con distintas orientaciones, en la filosofía de Nietzsche y en el pensamiento de Marx. A grandes rasgos, el absolutismo metafísico posee la particularidad de producir un "sistema cerrado de ideas", hasta el extremo que la realidad toda queda subsumida en el sistema e incluso las negaciones que lo afectan son "absorbidas" de manera positiva por el propio sistema. De acuerdo a lo expresado, el absolutismo teórico y práctico rebaja la condición del hombre, el que ha de conformarse con ser una mínima parte del sistema, un mero engranaje funcional de la sociedad y

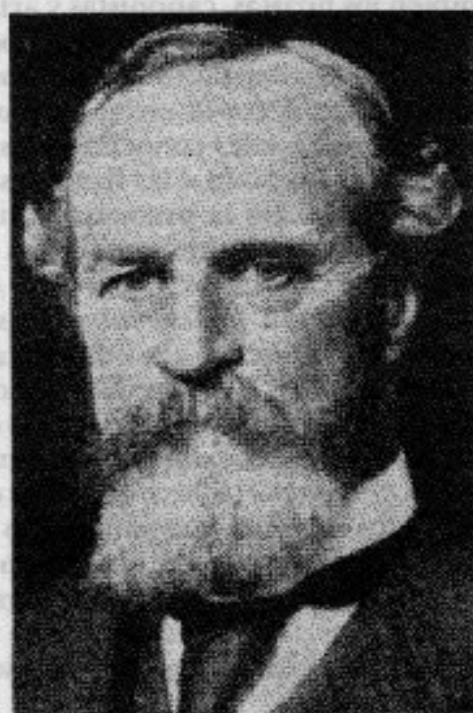
⁴En las artes liberales se incluían el estudio de la historia, la poesía, la retórica, la gramática y la filosofía moral.

del Estado⁵. Esta condición contraria al humanismo atenta, asimismo, contra la libertad humana y se opone, aunque sea implícitamente, a la consideración del individuo como persona.

Otro postulado capital del humanismo de James consiste en la renuncia consciente a los ideales teóricos de rigor y definición que caracterizaron a algunas filosofías modernas, en especial, al racionalismo. En este sentido, James se muestra partidario de la plasticidad y de la aproximación en lo que a la teoría respecta, características que se advienen mayormente con la perspectiva humanista. Por otra parte, el humanismo es definido como una actitud intrínseca del hombre, como una posición que está a la base de los actos mismos, a la manera de un fundamento teórico y práctico. La actitud humanista en relación a la realidad se refleja, al menos con este autor, mediante dos principios claves: uno, el principio de conformidad ante lo real, esto es, el hecho de "tener en cuenta la cosa" o "disposición de apertura"; otro, el principio de preservación de la realidad, que se funda en el anterior, y que pretende un mínimo de modificaciones posibles de la realidad que se quiere mantener, cuidar⁶.

Una postura diferente a la tradición humanística, tanto renacentista como contemporánea, es la sostenida por Jean-Paul Sartre, en su obra *El existencialismo es un humanismo*. En ella, Sartre distingue entre el "humanismo clásico" y el "humanismo existencialista". El humanismo clásico es aquella teoría filosófica que concibe al hombre como un fin y como teniendo un valor superior. Este tipo de humanismo se encuentra representado en el siglo XX y, de forma específica, por el humanismo integral de Jacques Maritain y el existencialismo cristia-

no de Marcel. En cambio, el humanismo existencialista de Sartre o existencialismo ateo le otorga otro sentido al hombre: "...el hombre está continuamente fuera de sí mismo; es proyectándose y perdiéndose fuera de sí mismo como hace existir al hombre y, por otra parte, es persiguiendo fines trascendentales como puede existir"⁷.



William James

Para comprender rigurosamente el humanismo sartreano es necesario remitirse a algunos pensamientos fundamentales del existencialismo que postula el filósofo. Así, en conexión con el texto recientemente citado se pueden establecer las siguientes precisiones: 1) El hombre concreto es básicamente *proyecto*, que llega a ser lo que él personalmente ha proyectado ser o, en otras palabras, el hombre es lo que él se hace. Conviene subrayar en relación con este planteamiento que Sartre niega una esencia general que pueda corresponder a una supuesta naturaleza humana. 2) El hombre concreto que es cada uno de nosotros se pierde en lo "otro" y junto a otros hombres, no se mantiene en un estado de ensimismamiento lineal, sino que se encuentra como tal hombre en la relación intersubjetiva con los demás. 3) Los fines

⁵Cfr. Glucksmann, André, *Los maestros pensadores*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1978.

⁶Otros planteamientos humanistas que se han manifestado en el presente siglo son los de F.C.S. Schiller, la Corliss Lamont, el humanismo socialista de Erich Fromm y el denominado "panhumanismo" de Gerhard Kränzliu. La consideración hermenéutica del humanismo clásico, a partir de los campos de la filología y de la filosofía, puede encontrarse además en los numerosos estudios de Ernesto Grassi.

⁷Sartre, Jean-Paul, *El existencialismo es un humanismo*, pág. 69, Ediciones Sur, Buenos Aires, 1975.

trascendentales que persigue el hombre guardan relación con aquellos fines donde el hombre se rebasa a sí mismo, a la manera de una auto-superación.

De esta forma, el sentido del hombre consiste en determinar su propia esencia de acuerdo a la existencia que él lleva a cabo, por propia elección y a la vez libremente. Tal determinación se logra con mayor plenitud en el ámbito de la intersubjetividad, en la relación entre dos o más sujetos, todo lo cual involucra un auto-ganar-se del hombre concreto para sí mismo.

Para Sartre, solamente cada hombre es el legislador de sí mismo, no hay otra instancia como tampoco hay un Dios. Así, el hombre en su desamparo y en su angustia, en su radical soledad existencial, decide acerca de sí mismo y de su vida, para lo cual sale fuera de sí con el objeto de lograr una determinada realización. En otros términos, el hombre se realiza en tanto hombre en la medida que decide juzgar un rol elegido por él mismo, en la sociedad y tiempo que le toca vivir. El humanismo existencialista sartreano reconoce de manera terminante que el único universo real es el universo humano⁸.

El pensamiento de Sartre respecto del humanismo y del existencialismo despertó la polémica filosófica en los últimos tiempos. El principal impugnador de las tesis sartreanas fue Martin Heidegger, quien, en una extensa carta dirigida a uno de sus discípulos franceses, el pensador Jean Beaufret, y que lleva por título *Carta sobre el humanismo*, precisa una serie de ideas relativas al humanismo, a la *humanitas*, a la metafísica, estableciendo además una crítica a la concepción sartreana del existencialismo.

Por de pronto Heidegger distingue claramente el humanismo de la *humanitas*. A su juicio, el humanismo sirve de fundamento a la metafísica o en otros casos se funda en ella, pero ambos fenómenos se dan estrechamente vinculados. Ya en 1927, con la publicación de *Ser y Tiempo*, Heidegger propone la destrucción sistemática de la historia de la ontología (metafísica), debido a que las filosofías precedentes habían considerado al ser en tanto ente y no al ser en tanto ser. En síntesis, la historia de la metafísica es la historia de un error, por cuanto debiendo ocuparse del ser,

⁸Ib., págs. 63-64.

se ocupó del ente (mutación epocal de lo ser). De esta manera, la asociación del humanismo con la metafísica es negativa para el propio humanismo, al menos desde el prisma heideggeriano. Un texto de este pensador puede poner luz al respecto: "Toda determinación de la esencia del hombre que supone la interpretación del ente sin la pregunta por la verdad del ser —sea sabiéndolo o no— es metafísica"⁹. En términos generales, el humanismo determina la esencia del hombre en cualquier sentido específico y supone, en consecuencia, una interpretación del ente sin cuestionarse la verdad del ser. El no cuestionarse la verdad del ser, en eso consiste precisamente la metafísica¹⁰.

LA *humanitas*, en cambio, se encuentra al servicio de la verdad del ser y no al servicio de lo meramente entitativo, y, por ello mismo, la *humanitas* no guarda relación con la metafísica. Una salvedad en conexión con lo antedicho la establece Heidegger en los siguientes términos: "Pensar la verdad del ser significa simultáneamente: pensar la *humanitas* del *homo humanus*. Vale la *humanitas* al servicio de la verdad del ser, pero sin el humanismo en sentido metafísico"¹¹. El rasgo fundamental de la *humanitas* del *homo humanus*, según Heidegger, es su referencia al "ser-en-el mundo", esto es, al ente que somos en cada caso nosotros mismos en el mundo, al ente que está abierto al ser.

LA ENSEÑANZA HUMANISTICA EN EL CONTEXTO DE LA EDUCACION SUPERIOR NACIONAL

Podemos entender por "humanismo" la actitud que el hombre tiene ante el hombre y ante los ámbitos cultural como natural, en los cuales se encuentra inmerso. De acuerdo a lo expresado, el humanismo no es necesariamente teórico, no depende en lo fundamental de una determinada concepción del mundo, sino que se manifiesta sus-

⁹Heidegger, Martin, op. cit., pág. 172.

¹⁰Ib., pág. 173.

¹¹Ib., pág. 215.

tancialmente en la manera cómo el hombre enfrenta la existencia, en el ponerse humano en el mundo. Esta idea no excluye el hecho de que el humanismo pueda encontrarse en una teoría —como en efecto hay varias—, sino que mienta más bien el fundamento de todo humanismo: la actitud del hombre.



Jean-Paul Sartre

En segundo lugar, entendemos por "humanidades" un conjunto armónico y coherente de saberes particulares ligados por el hilo conductor de la actitud humanista y que dicen referencia con las ciencias del espíritu en general. Así, la actitud, el actuar humano constituye el necesario nexo entre los distintos conocimientos humanistas. Tal relación entre el actuar (actitud) y el conocimiento explicita de modo patente la conexión entre la *praxis* y la *episteme*, entre la acción práctica y la respectiva acción teórica. Es en este sentido, y solamente en esta dirección radical, que podemos sostener que el humanismo es acción. La acción del humanismo es acción del hombre en el mundo.

Esta unión indisoluble entre el humanis-

mo y las humanidades nos pone en la pista de una conexión aún más estrecha. Utilizando la terminología aristotélica y, a la vez, abusando del conocimiento analógico, cabe decir que el humanismo es a la causa como las humanidades son al efecto. El humanismo es la condición, el punto de partida, la potencia activa de las humanidades, en tanto éstas han de entenderse cabalmente como la potencia hecha acto, como la realización del humanismo en tanto tal. El humanismo realiza y libera su esencia en las humanidades. Al hacerlo no sólo despliega dicha esencia, sino que le otorga su sentido propio en la existencia.

Un esbozo de las principales características que reviste el humanismo en el medio nacional y de las relaciones que éste debe guardar con las instituciones educacionales superiores puede ser de utilidad para acotar nuestras reflexiones al respecto.

El objetivo final del humanismo es el hombre, con lo cual se persiste en la rica tradición romana y renacentista. Sin embargo, la preocupación por el hombre no se expresa en una inquietud por el hombre en abstracto, por el hombre en general, sino al contrario por el hombre concreto, existente, ubicado en una sociedad específica, perteneciendo a una cultura determinada, en posesión de tradiciones igualmente nítidas, relacionado al desarrollo histórico de la época en que se desenvuelve. En este sentido, el hombre es visto más que como un mero individuo, encerrado en el purismo moral de la conciencia y sometido a la soledad de sí mismo, como persona. Cuando se entiende al hombre como persona, entre otras cualidades, se le concibe como un ser libre, que está en posesión efectiva tanto de deberes como de derechos en relación a la sociedad y a sus semejantes.

La pretensión de las humanidades, de acuerdo a lo dicho, no es otra que la formación de un hombre integral, lo que implica de por sí un trabajo consistente y tenaz para el desarrollo humano, tanto en el plano intelectual, emocional y físico. Ciertamente el hombre de nuestro tiempo entiende la naturaleza humana orgánicamente, comprende las dependencias indesmentibles que se dan en los planos del ser y por ello mismo se las tiene que ver con un hombre complejo, no diseccionado en partes analíticas, a la manera de una máquina o de cualquier objeto mecánico.

Decimos que el hombre integral es una pretensión de las humanidades y no así una realización efectiva, por cuanto esta idea innovadora acerca de lo humano es relativamente reciente en nuestro medio universitario y solamente existen atisbos interesantes de una institucionalización positiva al respecto. En todo caso, la mencionada condición de tránsito de una concepción del hombre a otra se encuentra vigente, en términos relativamente similares, en algunos centros universitarios europeos y norteamericanos. Posiblemente esto sucede porque no es tarea fácil integrar al hombre y, de otra parte, porque para tal efecto se precisa de claras estructuras universitarias y docentes dirigidas específicamente a cumplir nuestra común pretensión humanista.

En relación a lo dicho, con el objetivo de lograr la pretensión humanista, las instituciones universitarias, integradas por las Facultades, Institutos y Departamentos, deben disponerse a sí mismas para enfrentar con éxito las variadas transformaciones que se presentan en la época. La Universidad es la depositaria originaria del hombre y de su tiempo. A causa de esto, y continuando el itinerario del humanismo, deben poseer una fuerte capacidad de asimilación de los cambios sociales, culturales y políticos que se manifiestan en el seno de la sociedad. Sólo en esta medida las universidades se aproximan al ideal de la modernización, pudiendo desarrollar sin grandes problemas el conocimiento humano a la altura de las exigencias que demanda el país, tanto en términos nacionales como regionales.

Desde el punto de vista de los estudios humanísticos —los *studia humanitatis* del Renacimiento italiano—, se registra en nuestro medio cultural el fomento del estudio de los antiguos, mediante la filosofía y la literatura grecorromanas, y el cultivo de las llamadas "lenguas clásicas". En todo caso, este hecho no ha de entenderse como la transmisión lineal y uniforme de una cantidad excesiva de contenidos, ya que en tal caso se trataría de una simple repetición, las más de las veces tediosa, de las formulaciones clásicas. La persistencia en el estudio de los antiguos y de sus respectivos lenguajes apunta a la necesidad de conocer realmente nuestro origen, nuestras raíces históricas y filosóficas. Siendo el pensamiento griego y el romano-latino los

pilares de Occidente, el conocimiento de ellos implica descubrir y pensar la civilización en que vivimos. El retorno a los griegos, postulado de modo notable por Heidegger, no es otra cosa que el retorno a nosotros mismos, con el interesante aditamento que este retorno humanista se hace en posesión de un alto desarrollo científico, como también con la historia universal y nacional, plenas de realizaciones y de fracasos. De esta forma, el retorno a los orígenes de Occidente constituye un giro pensamental hacia lo que es la destinación del hombre.

Al estudio de las lenguas clásicas es necesario agregar el estudio de las lenguas modernas, herederas indiscutibles de la tradición clásica. La enseñanza de las lenguas modernas aproxima al medio universitario nacional, inmerso en el tejido social de Chile y relacionado asimismo con la comunidad hispano-parlante de América Latina, tanto a la cultura como a la experiencia europea. Así, el humanista no sólo toma conciencia de sus orígenes, sino aprehende en una visión más rica la totalidad de la cultura occidental.

Otro de los rasgos dominantes de las humanidades en el contexto nacional es la integración interdisciplinaria del saber. No sólo se trata de estimular estudios especializados en disciplinas humanísticas particulares, como la filosofía, la historia, la antropología y la literatura entre otras, sino en cultivar y cuidar determinados campos de interacción entre tales saberes. Tales campos de interacción interdisciplinaria se pueden determinar desde el criterio de las disciplinas —como la antropología filosófica, la filosofía del lenguaje, etc., o desde el punto de vista de la comunidad de problemas que afecta a los saberes particulares— así, la cultura es un problema que se extiende a las humanidades en general, como lo es también el de la causalidad, etc.

Históricamente, las humanidades han demostrado con claridad la tendencia a la integración del saber, con el fin de generar un conocimiento completo que se adecue, por así decirlo, a la multifacética actitud y actividad del humanista. Poseer una actitud humanista con prescindencia de un saber orgánico, coherente, que la alimente con periodicidad, nos sitúa en el sin sentido. Por otra

parte, si bien es efectivo que la enseñanza humanista no rehuye el problema de la especialización, evita sí que esta última se transforme en lo esencial de un estudio determinado. Esta sana precaución, propia del sentido común, no se encuentra en la enseñanza profesionalizante, la cual pareciera ser más valiosa a medida que se manifiesta como más especializada.

La distinción tajante entre los estudios profesionales y los estudios humanísticos, que tienen su origen en el Renacimiento, ha perdurado por largo tiempo en el quehacer universitario. Sin ir más lejos, de las diez facultades que conforman actualmente la Universidad de Chile, sólo una de ellas se aboca a la enseñanza de las humanidades, en tanto las restantes tienen por misión formar profesionales, cuyo destino es llegar a ser expertos en lo suyo. Pero en este caso el problema estriba en el hecho que el especialista comprende aquella realidad específica que le brinda su conocimiento particular, cuestión que se aleja de la concepción del saber propio de las humanidades. Tal situación, por lo demás, no sólo afecta a la más antigua Universidad chilena, sino —a mi juicio— a todos los restantes centros de educación superior con que cuenta el país.

La inconveniencia de parcelar con demasiado rigor los estudios universitarios fue afirmada por Heidegger en 1930, en su trabajo *¿Qué es metafísica?* Allí se dice:

"Los dominios de las ciencias están muy distantes entre sí. El modo de tratar sus objetos es radicalmente diverso. Esta dispersa multiplicidad de disciplinas se mantiene, todavía, unida gracias tan sólo a la organización técnica de las Universidades y Facultades, y conserva una significación por la finalidad práctica de las especialidades. En cambio, el enraizamiento de las ciencias en su fundamento esencial se ha perdido por completo"¹². De acuerdo al texto aludido, Heidegger afirma en buenas cuentas que la pluralidad de disciplinas que se imparten en la universidad alemana de la década del 20 posee un carácter unitario gracias a la organización de las universidades y de las facultades y que, en consecuencia, tal unidad de las disciplinas no responde a un principio de organización teórica intrínseca, sino a facto-

res meramente externos. O, en otros términos, la unidad del saber que debiera otorgar la ciencia no pasa de ser un producto de la estructura de una institución como la universidad.

Además, y esto tampoco debe pasarse por alto, la pretendida unidad del conocimiento tiene alguna relevancia, guarda cierto interés en la medida que la sociedad requiere de diversas especialidades para su normal funcionamiento.

Por todo esto, los estudios universitarios pueden recobrar su sentido originario siempre y cuando se produzca un desarrollo sostenido de la interdisciplinariedad en detrimento del especialismo. La tarea consiste en volver a *enraizar* las ciencias en el suelo a que corresponden, pues a partir de esta unificación los saberes o disciplinas universitarias estarán en condiciones de encontrar el fundamento esencial, de momento perdido.

Una de las características más notorias de las humanidades, y tal vez por ello la destaco en este punto, es la búsqueda de un conocimiento *universal*. Tal conocimiento se relaciona con la tendencia de las humanidades a producir una integración del saber y a la pretensión, igualmente destacada, de formar un hombre integral. El humanista es un ser ávido de saber, abierto a la consideración y estudio que se le presente, sin conformarse con un conocimiento acotado cuyos límites no pueden ser trascendidos. Pero, ¿que mienta en rigor la universalidad anhelada por el humanista? ¿Se trata, acaso, de un simple capricho intelectual o, por último, de un saber, por saber, sin un horizonte más profundo? Nada de lo último. La universalidad (en latín, *universalitas*) mienta la esencia de la universidad (en latín, *universitas*) y es sin más su esencia. Así, la preocupación del humanista por la universalidad del saber no es otra cosa que la preocupación por la esencia: es un trabajar *la* esencia y *en* la esencia.

La tarea, aunque muchas veces iniciada en la historia del hombre, inconclusa en sus aspectos, aguarda al humanista. Tal es el desafío del humanismo actual, el cual se hace extensivo a nuestras universidades, academias e institutos de formación superior, que en la hora presente tienen la responsabilidad ineludible de dirigir a las actuales y futuras generaciones de estudiosos por el seguro camino del saber. ■

¹²Heidegger, Martin, *¿Qué es metafísica?*, pág. 77. Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1970.